

# CAPÍTULO I

## DESPERTAR

Mientras abría los ojos sentí como aquel cómodo sillón envolvía mi cuerpo, me acariciaba, como si estuviese metido en mi cama y envuelto agradablemente en mis sábanas.

La claridad exterior me cegaba, colándose por los bordes de unas grandes cortinas. Ayudada por una gran lámpara, que colgaba del alto techo, iluminaba el amplio salón circular donde me encontraba.

La luz, surcando líneas concéntricas, daba forma a cinco sofás, iguales al mío, atravesaba el cristal de unas bajas mesas, y caía sobre la gran casa, que adornaba la bellísima alfombra que cubría el suelo. Las líneas se repetían unas tras otras. Salón, sofás, mesas, alfombra...

Me era tan familiar... Oí voces a lo lejos, y el paso de varias personas que se acercaban, aceleradamente, al lugar donde me encontraba:

- ¡Ya llegó! Te dije que uno vendría con la nueva semana. - Aquella voz de mujer, esta casa... los pasos pararon cerca de la puerta que quedaba a mi espalda - Esperad aquí. Yo le recibiré. No le atosiguemos en su primera noche, tendremos mucho tiempo para compartir con él.

Noté como se iba acercando con convicción, como posaba sus dedos en el respaldo del sofá y lo bordeó con tres perfectos pasos. Sus pies, cubiertos con unos bonitos zapatos azules, giraron, lenta y perfectamente, hasta colocarse enfrente mía. Unas medias cubrían sus piernas, hasta llegar a la también azul falda, que empezaba más arriba de sus rodillas y se le ajustaba perfectamente. Una blusa, blanca y ancha, dejaba su escote, de treinta y pico bien llevados, al descubierto, gracias a los tres botones perfecta y descuidadamente sin abrochar y a la posición, seguro que estudiada, de sus manos sobre la cintura.

El pelo rubio, seguramente teñido, y encrespado, hacía juego con su no muy bronceada piel. Pero algo fallaba en sus cara de afilados rasgos y marrones ojos, que se mantenían muy abiertos y me miraban con extrañeza:

- ¿Tú?

Podría haber dicho lo mismo, si hubiese podido recordar donde la había visto antes... Me limité a mantener una estúpida medio sonrisa en mi cara.

Mantuvo sus ojos perdidos, recordando algo durante unos segundos, y, después, los volvió a dirigir hacia mí. Su cara dibujó una amplia sonrisa y sus ojos, aunque extrañados todavía, me miraron alegres:

- Así que te tenemos de vuelta ¿eh?

¿De vuelta? Mi cerebro funcionaba velozmente, intentando averiguar de donde la conocía... me mantuve en silencio, con la estúpida mueca en mi rostro:

- ¿No te acuerdas de nada? - esperó, pero no recibió respuesta por mi parte.- Gracias a los dioses... - miró para otro lado al decir esto último.- Bueno... - sus ojos y su sonrisa se clavaron de nuevo en mí. - Soy Hestia. Bienvenido al paraíso.

Me extendió su mano para ayudarme a levantarme. Lo hice:

- Verás cuando te vea Dionisos, no se lo va a creer. ¿seguro que no recuerdas nada?

Hestia, Dionisos, aquella casa... todo era tan familiar... Mis primeras palabras salieron torpemente de mi boca:

- No... no recuerdo ni siquiera mi nombre...
- Eso es porque aún no tienes nombre.- Lo dijo como si fuese lo más normal del mundo.- Ven, te presentaré a la gente. No te preocupes, mañana tendrás un nombre. Te adaptarás pronto. Ya verás.

Asentí. Aquel lugar tenía algo. Algo que me daba paz, sosiego. A pesar de la extraña sensación que me transmitía, como de vivir un constante recuerdo, estaba cómodo allí. Se respiraba tranquilidad en aquel gran salón.

Hestia me llevó de la mano hasta la puerta abierta y me soltó para hacer entrar al grupo de personas que esperaban al otro lado. Tres personas pasaron y se pusieron enfrente mía, rodeándome. Todos debían estar alrededor de los treinta, dos de ellos, los que se veían más mayores, un hombre y una mujer, miraron a Hestia extrañados, justo con la misma cara que había puesto ella la primera vez que me vio. Sus caras, claro está, me eran familiares, ya las había visto en algún lugar... ¿en aquél mismo lugar? Hestia les hizo un gesto y extendió el brazo para que el hombre se acercase a mí:

- Este es Dionisos.- me dijo. Entonces se volvió hacia él.- No recuerda nada.

El hombre me miró extrañado y le dio una calada al cigarro que tenía en la mano. Llevaba americana gris claro sin cerrar, que dejaba ver una camisa blanca con finas líneas diagonales, y pantalones a juego. El pelo le había empezado a retroceder desde la frente, pero tenía buen aspecto. Tenía una gran nariz, una gran boca y unos grandes ojos, también, grises. Se le iluminó la cara:

- Bribón.- me dijo y se me abalanzó con los brazos abiertos para abrazarme.- te eché de menos. Vaya que sí. ¿Te acuerdas de Ilitia?.- Señaló a la mujer que había al final de la fila y que aún me miraba extrañada.
- Yo haré las presentaciones, no nos saltemos el protocolo...- dijo Hestia.
- ¿Pasa algo?- la voz venía de detrás de Dionisos. Era el más joven del grupo, de algo más de veinticinco. Vestía con pantalones vaqueros y camiseta. Llevaba gafas. Bajó la cabeza, y se pasó la mano por el negro, desordenado y rizado pelo al ver que todas las miradas se dirigían a él. Hestia salió en su ayuda
- Este es Epimetéo.

El chico hizo una mueca despectiva al oír su nombre. Me miró y apartó la mirada, pero apretó con fuerza mi mano:

- Hola.- me dijo.- Encantado de conocerte.- Parecía avergonzado, pero pude notar que sus palabras eran sinceras.

Se apartó y entonces la vi.

Un mechón de pelo, rubio natural, caía, ondulado, por una de sus blancas mejillas sonrojadas. Sus pequeños ojos azules me miraban fijamente y sus tiernos labios me sonreían dejando ver un blancos dientes. Llevaba un vestido blanco con flores estampadas, que colgaba mediante dos tirantes de sus hombros y dejaba ver sus largas y delgadas piernas, así como sus largos y delgados brazos y su blanco y reluciente pecho. Levantó su mano mientras se frotaba la parte posterior de una pierna con el otro pie:

- Selene.- me dijo mientras subía lentamente sus ojos desde la timidez del suelo hasta encontrarlos con los míos.
- Encantado.- Su mirada me hipnotizó por unos segundos en los que se paró el mundo. Era cálida y directa pero delicada.

Hestia me despertó pasando entremedias de Selene y yo:

- Bueno ,y la última, otra vieja conocida...

Decía las cosas con un tono de voz tan agradable, que realmente fue un golpe encontrarme de frente con la mirada fija y llena de extrañeza que me esperaba:

- ¿Realmente no recuerdas nada? ¿nada de nada?
- Ilitia. Ya te lo he dicho, no se acuerda de nada. No hay más que mirarle para saberlo...- dijo Hestia.

Ilitia alargó la mano y me la estrechó sin dejar de clavarme sus oscuros ojos, no con odio, sino con incomprensión. Era la más vieja de todos. Todo en ella, desde su liso pelo negro, hasta los rasgos profundos de su cara, pasando por sus pechos, nalgas y piernas, informaban que tenía de treinta y cinco a cuarenta años. No mal llevados, pero que no se podían ocultar:

- Bueno, no seré yo quien rompa las reglas... - me soltó la mano.
- Bien. Ya nos conoces a todos... - era Hestia quien me hablaba. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza. Eran tantas y llegaban a tal velocidad que no fui capaz de decir ninguna.- No te preocupes. Las respuestas que podamos darte llegarán en su debido momento...

Dionisos se adelantó a los demás y me agarró del brazo:

- ¡Ja! Ven, vamos a tomar algo.

Me dejó al lado de uno de los sofás para que me sentase y se acercó a un mueble bar que había al fondo de la sala. Mientras se servía el grupo que había al lado de la puerta empezó a disolverse. Escuché a Epimeteo algo de que le tocaba ir al piso superior, y como Hestia se alejaba cuchicheando con Ilitia en tono serio. A pesar de lo extraño que era todo y de lo extraño que me sentía, estaba especialmente a gusto en aquella casa, y la gente me parecía extrañamente simpática. No podría decir nada malo de ellos a pesar

de lo poco que les conocía y las circunstancias de ese conocimiento. Había algo que me unía a ellos, al igual que había algo que me unía con ese lugar del que sólo conocía aquel comedor en el que me encontraba.

Dionisos se acercaba desde el mueble bar. Llevaba una copa en la mano y un cigarro en la otra. Sonreía. No me ofreció, pero no me apetecía y le hubiese dicho que no de haberlo hecho:

- Bueno, bueno... así que otra vez por aquí...pensé que no volvería a verte... En fin. Me alegra tenerte de vuelta. Esto estaba empezando a ser un poco aburrido ya... bueno, tengo a las chicas y al chaval, muy buena gente todos, ya sabes... eso de los unos para los otros, que si estamos en el paraíso... pero vamos, que tenía ganas de ver a los nuevos ya, y cuando te he visto, me he alegrado, vaya que sí. Tenerte otra vez aquí. Con todo lo que pasamos... - Fumaba mientras hablaba. Dio un trago largo al vaso que tenía en la mano. Parecía whisky. Sus ojos miraban para otro lado, estaba recordando algo. De nuevo me miró.- Pero bueno, te estoy atorado. No recuerdas nada, eso está claro, si no dudo que volvieses aquí...-se volvió para otro lado de nuevo, pensando.- ¿Cómo está ella? Bueno, déjalo, no quiero saberlo... no quería preguntar.- zarandeó la cabeza de una lado al otro como para quitarse algo de encima. Bebió un buen trago y se llevó el cigarro a la boca.

Ella... su imagen se empezó a formar en mi cabeza... ¿se referiría a mi mujer? ... ¿mi ex-mujer? Después de haber vivido un sueño con ella los primeros años todo se desvaneció. Yo la quería, de verdad que sí. Pero la rutina nos quemó. Yo trabajaba de día y ella de noche. Decía que cómo podía dormir plácidamente por las noches, que ella nunca podría. Pero yo era incapaz de conseguir trabajo por la noche y no podía arriesgarme a dejar el que tenía. Así que, lobo y halcón, nos encontrábamos sólo a primera hora de la mañana y algunos fines de semana. Fue insuficiente. Nos distanciamos y acabamos separándonos hará menos de un mes. Tuve unos deseos locos de contárselo a aquel extraño que me resultaba tan familiar y con el que estaba tan a gusto. Sería con la primera persona que hablase de ello y realmente lo necesitaba...

- ¡Ey! Estás en otra parte. Si es por lo que dije... por ella... déjalo, no se puede... las reglas, ya sabes... bueno, no. No sabes. Pero vamos, déjalo, no quise preguntar... No le des vueltas. Estás en el paraíso.- Se abrió de brazos y levantó las cejas, sonriendo.- Tengo por ahí guardada una sorpresa para ti, pero te la daré mañana, cuando por fin tengas nombre...
- Buff.- sonreí.- Tengo tantas cosas en la cabeza ahora mismo... tantas preguntas...
- Bueno, no le des vueltas ahora. Disfruta del momento...- dio un sorbo a su vaso de whisky y apagó el cigarro en un cenicero que había en la mesa más cercana- Respira este aire, jamás respirarás uno igual. Nota como llena de bienestar tu cuerpo. La temperatura ideal. La humedad... Tu cuerpo en perfectas condiciones, como si acabases de recibir el mejor masaje que puede imaginarse...- Cerró los ojos, bajó la cabeza y tensó el cuello y la espalda. Se dejó caer en uno de los sofás contiguos.
- ¿Y que hacemos aquí? - pregunté. Me resultó ingenua mi pregunta.
- ¿Aquí? ¡Ja! Me resulta extraño que me lo preguntes tú... Estás en el paraíso con tus almas gemelas. Puedes hacer todo lo que quieras. Además, aquí se verá cumplido alguno de tus sueños. Libros, música, hay de todo...

Acabó el vaso de un trago y encendió un nuevo cigarro de camino al mueble bar. Cerré los ojos. Respiré hasta que llené al tope mis pulmones de aquel aire puro que envolvía

toda la sala, y el aire acarició el interior de mi cuerpo y salió plácidamente, sin prisa.

Al abrir los ojos Selene estaba a mi lado, cerca de la mesa. Me miró sonriente y me guiñó un ojo, mientras cogía un cigarro del paquete de Dionisos. Se levantó y se dio la vuelta grácilmente, rozándome la mejilla con sus pequeños y suaves dedos. Un clic sonó a mi espalda. Dionisos acababa de servirse la copa y venía hacia mi de nuevo. No se dio cuenta del paso de Selene. Estaba contento con mi presencia, se le notaba.

Oí, de nuevo pasos, desde el pasillo. El ruido de tacones me avisó de que eran femeninos. Dionisos me habló:

- Bueno, tendrás que levantarte. ¿Querrás ver la casa, no? ¿O piensas quedarte sentado todo el rato? ¡Ja! Hay cosas que nunca cambian...

Estaba tan cómodo en el sofá y en aquel salón, que me había olvidado que había más estancias, y que estaba en un lugar extraño al que llamaban paraíso. Mi curiosidad se despertó de repente y tuve ganas de ver todo lo que me rodeaba.

- No digas a Hestia nada malo de la casa... es su sueño... ya sabes, vive por y para ella...

No hizo falta. Todo estaba perfecto, colocado con un gusto asombroso. Los cuadros, las fotografías, las esculturas... nada desentonaba, todo estaba armoniosamente colocado. Hestia había llegado al salón y se había ofrecido a enseñarme la casa. Al salir por la puerta, un amplio pasillo daba a varias habitaciones. Me dejó entrar en la primera de ellas. Era una gran biblioteca, de dos plantas. Toda en madera. Hestia me dijo que en ella encontraría todo lo que necesitase leer. Selene estaba sola en uno de los seis sofás que había en la estancia, perfectamente iluminados cada uno con su lámpara. Leía algo que me resultó muy familiar, un libro de cuentos de García Márquez. Me asomé y, entre la curva perfecta que formaban su blanco cuello y hombro, pude ver el título, Ojos de Perro Azul:

- ¿Vamos? - era la voz de Hestia desde la puerta que me llamaba para continuar la visita.
- Ojos de perro azul.- dije susurrando en el cuello de Selene. De repente, por un momento, su piel perdió las pecas y su pelo se volvió negro, mientras aquellas palabras salían de mi boca. Parpadeé y volvía a ser Selene, con su rubio pelo ondulado, que siguió mirándome desde la profundidad de sus ojos azules, mientras me alejaba hacia la puerta.

Salí de la biblioteca. Hestia continuó enseñándome el resto de la primera planta, compuesta de varias habitaciones que daban al pasillo principal. Eran salas de estar de diferentes tamaños y con diferentes decoraciones, con cómodos sillones o sofás. En una de ellas estaba Ilitia, sentada, haciendo un pequeño jersey de niño. Nos lo enseñó sonriente. Antes de marcharnos de allí se dirigió a mi:

- No te preocupes, no te guardo rencor. No está bien lo que hiciste, pero te creo si dices que no recuerdas nada. Lo pasado pasado está. Esto es el paraíso y estamos aquí por alguna razón. No estaré enfadada contigo, no puedo estarlo.- Sus ojos negros estaban de nuevo clavados en los míos.
- No se que es lo que hice ni lo que pasó. Siento de verdad.- y de verdad lo sentía.- si te he hecho algún mal. De todas formas, no puedo estar mal con nadie aquí. Hay algo

que me lo impide...

- Veo que no recuerdas nada... no tienes que disculparte. Nos llevaremos bien. Todo será como antes del... incidente.- Estuvo un rato callada, mirándome y sonriendo.- Venga, seguid con la visita o no os dará tiempo a ver todo...
- Tiene razón.- dijo Hestia que se había mantenido detrás mía, al margen de la conversación.- Luego te veo Ilitia. Quiero hablar contigo antes de irme hoy. Mañana es su iniciación y habrá que prepararlo todo.
- No te preocupes. Te espero aquí.

Salimos y continuamos nuestra marcha por la casa. El final del pasillo daba a una nueva sala, sin puerta, que se abría al exterior. Una luz pálida luz de atardecer inundaba el lugar, resplandeciendo contra el mármol blanco que lo formaba. A la izquierda, una gran escalera, del mismo material, ocupaba casi la mitad del lugar y subía a un segundo piso. Los dos lados abiertos, sostenían, mediante tres columnas cada uno, aquella planta superior. Seis grandes escalones elevaban la casa del suelo. Sentado en uno de ellos, Epimetéo, hacía fotos, con lo que me pareció una magnífica cámara, a un gran campo de maíz, que rodeaba la casa y emitía sus reflejos dorados contra el rojizo cielo al ser mecido por la suave brisa. Hestia alargó su mano hasta tocarme el brazo y me habló:

- Bueno, hasta aquí la visita de hoy. Yo me voy un poco antes que los demás y tengo que hablar con Ilitia. La próxima vez te daremos un nombre. Estate preparado para tu iniciación ¿de acuerdo?
- Gracias por enseñarme todo.- La sonreí.- No se muy bien de que va esto, pero gracias.
- No te preocupes, has venido aquí a disfrutar de tus sueños. Ya comprenderás todo.

Se acercó a mi y me abrazó cariñosamente:

- Es un placer volver a compartir esto contigo a pesar de todo lo que pasó- dijo a mi oído.- Mañana estate atento a todo, es importante no perder detalle.

Se despidió de Epimetéo y se dio la vuelta dirección al pasillo. La seguí con los ojos hasta que entró en él. La voz de Epimetéo sonó a mi espalda:

- Es la mejor anfitriona que puede haber. Amable, atenta... Ya me gustaría que mi madre me tratase como ella... bueno, ella es joven... sería más mi hermana mayor...- le vi avergonzarse según lo decía. Salí en su ayuda.
- Bonita cámara.- le dije señalando la que tenía en la manos con la barbilla.
- Siempre quise tener una como esta.- me miró sonriente.- Es la mejor que hay.
- Me tienes que enseñar las fotos que haces.
- No te preocupes, te las enseñaré. Hay alguna por el pasillo y en alguna sala también, a Hestia le gustan... bueno, la verdad que le gustan a todos... Ponte ahí. Quiero sacarte con esta luz...

Me hizo una fotografía mientras empezaba a oscurecer. Una nube de que amenazaba

tormenta se aproximaba por el horizonte, detrás de unas lejanas montañas donde debía acabar el campo de maíz:

- Bueno, acaba el día... o empieza. Siempre me lío con eso... Mañana nos vemos. A ver si tienes más suerte en el nombre que yo...

Me sonrió. Dejó la cámara a un lado, detrás de la columna en la que se apoyaba, y, entonces, empezó a desvanecerse, mientras cerraba los ojos con tranquilidad. En cinco segundos había desaparecido por completo delante de mi ojos.

Me di la vuelta y entré en la casa buscando a alguno de los habitantes... no encontré a ninguno... estaba sólo. Llegué al salón sin saber muy bien cómo, confuso. Me senté de nuevo en el sofá donde había despertado.

Un sonido agudo empezó a sonar, cada vez más alto... Las manos, estaban desapareciendo... Giró... todo giró...

\*\*\*\*\*

Siguiendo el giro de su cuerpo, extendió su mano y, apartando varios objetos, apagó el despertador, que sonaba a las ocho, como cada mañana, en la mesilla que había al lado de su cama. Ésta se encontraba pegada a la pared, ocupando gran parte de la estrecha habitación de cuatro metros cuadrados. Enfrente de ella un escritorio, lleno de papeles arrugados y desordenados, un armario y una silla, que pugnaba con el suelo por ver quien contenía mayor número de prendas de ropa usada.

Se levantó y desperezó. Había dormido bien, muy bien. Amontonó la ropa sucia que pudo y, con el montón, atravesó, de cuatro pasos, el pequeño salón al que daba la puerta y entró en la cocina, compuesta de una pila, un frigorífico, una lavadora, el fuego y una serie de armarios a la altura de la cabeza, donde había un microondas. Dejó allí la ropa. De otros cuatro pasos, atravesó, de nuevo, el comedor, dejando el sofá y la televisión a su izquierda, y entró por otra puerta al baño. Salió duchado y entró de nuevo al cuarto, para rebuscar en el armario si le quedaba algo de ropa limpia. Encontró algo, se lo puso y recorrió de nuevo al salón, para atravesar la única puerta que le quedaba por atravesar, la que salía del piso. Cogió su maletín, colocado al lado de la puerta y salió.

Desde que se había separado de su mujer, vivía en aquél apartamento de 35 metros cuadrados, donde pasaba tardes, noches y fines de semana. No salía más que para ir al trabajo por las mañanas. Regresaba a media tarde, sin ganas de ir a ningún sitio y se abandonaba en el sofá, para dejar que le entretuviese lo que quisiera que echase en la televisión. Compartía la oficina con cinco compañeros, a los que preguntaba qué tal les había ido el día esperando que no respondiesen, al igual que ellos le hacían a él y se hacían entre ellos mismos. El fútbol, lo que habían visto en la tele o lo mal que estaban en el trabajo, daba para infinitas conversaciones y rellenaba el tiempo que faltaba para salir de allí.

Si al menos la tuviese a ella, pensó. El recuerdo de su exmujer le llevó de nuevo al extraño sueño que había tenido esa noche. Mientras, alelado, comía el sándwich del almuerzo, pensaba en la gran casa con grandes habitaciones, en la gente que habitaba allí, en lo agradables que le habían parecido, en la chica rubia de pelo rizado y ojos azules...

Anocheecía de camino a su casa, pensando en lo solo que estaba desde que Eva le dejó. Pensaba en ella a todas horas, en todo momento, pero no la llamaba. No, era

demasiado testarudo y ella había provocado todo con su manía de no dormir por las noches. Tenía suerte si cuando regresaba a casa la encontraba yéndose al trabajo, o si, cuando ella llegaba por las mañanas, podía abrazarla hasta que se quedaba dormida, derrotada de cansancio, antes de irse él, de nuevo, a trabajar.

Un día la encontró en la puerta:

- Me voy. Esto fue un error. Todo fue un error. Lo abandonamos todo. Tus pinturas, tus estudios, tus sueños... lo dejamos todo, Andrés. ¿Por esto? - señaló la pequeña casa en la que vivían.- Ni siquiera nos vemos. No estamos juntos... no puedo aguantarlo más... Te quiero,- Una lágrima descargó un poco el dolor de su mirada.- pero no puedo aguantarlo más...